

**Autobiografía de
Adalberto R. Mendoza**
(compilación de Carlos Alberto Mendoza Ugalde)

45 ANIVERSARIO DEL INEHRM
Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana
MÉXICO, 1998

INTRODUCCIÓN

Adalberto Mendoza Ruvalcaba siempre firmó y escribió su nombre a la usanza de los viejos ferrocarrileros de la época, quienes lo escribían anteponiendo la inicial del segundo apellido al primero; es decir, la *R* de Ruvalcaba inmediatamente después del nombre y en seguida el apellido paterno, Mendoza, tradición norteamericana según sé; mi abuelo nacería un 7 de agosto de 1885 en Rayón, pueblo de San Luis Potosí, moriría en la ciudad de México el 17 de junio de 1957.

Sus padres fueron el coronel don Mariano Mendoza Ramos (26/08/1832=15/08/1925), natural de Salamanca, Guanajuato, y doña Lucía Ruvalcaba, de la ciudad de León, del mismo estado. El coronel Mariano Mendoza Ramos obtuvo su grado militar en acciones de guerra luchando contra los invasores franceses; en Querétaro, durante el sitio de esta ciudad, como capitán primero, estuvo bajo las órdenes del general Mariano Escobedo, siendo su jefe inmediato el general Aureliano Rivera, después de las acciones militares de la toma de Rioverde, en San Luis Potosí, hecho de armas donde muere el hermano de Jesús Mendoza, es ascendido a coronel; el padre de Adalberto Mendoza Ruvalcaba fue también diputado al Congreso del estado de San Luis Potosí y jefe de la partida, equivalente ahora a varios municipios, que tuvo su asiento en Rayón y luego en Alaquines.

Adalberto Mendoza Ruvalcaba fue el noveno y último de los hijos que durante tres matrimonios tuviera el coronel Mariano Mendoza Ramos; desde los ocho años Adalberto se interesó por los ferrocarriles, así, su primer trabajo fue de *chícharo* (ayudante o mocito) en la estación del ferrocarril de Cárdenas, San Luis Potosí; su excepcional talento lo llevó a convertirse en autodidacto, aunque estudió formalmente en la ciudad de San Luis Potosí, en la Escuela Normal del estado, para entonces militarizada; Adalberto escribía y hablaba correctamente inglés, lengua oficial de los ferrocarrileros,

era telegrafista y sabía a la perfección lo que él describe y llama “derecho de trenes”. Hombre de su época, Adalberto aprendió de niño sólo de oírlo el idioma huasteco de los indios de la región donde vivió y trabajó por muchos años; fue el primer *manager* mexicano, en el estado de Chihuahua, durante la nacionalización del ferrocarril; llegó a ocupar altos puestos en Ferrocarriles Nacionales de México y su nombre está escrito en el monumento a la nacionalización de los ferrocarriles. Durante la Revolución Mexicana, Adalberto Mendoza Ruvalcaba vivió y sufrió en carne propia este hecho de armas; sus actuaciones como civil y como luchador dentro del movimiento le valieron obtener el grado de capitán primero, para más tarde (1951) ser merecedor de la condecoración al Mérito Revolucionario, honor que le otorgó la Secretaría de la Defensa Nacional por decreto presidencial. También los trabajadores ferrocarrileros en 1939 le expresaron su reconocimiento entregándole un diploma por su labor en pro de la nacionalización de los ferrocarriles, que ocurrió el 17 de julio de 1909. Adalberto Mendoza Ruvalcaba se casó dos veces, su primera esposa se llamó Esther Medina Thorez, quien murió de parto de su última hija; con ella tuvo cuatro hijos: Esther, Humberto, Mariano y Lupe (yo, Carlos Mendoza Ugalde, soy hijo de Mariano); con su segunda esposa, Braulia Carmen Pastrana Catalán, tuvo a Bertha, Emma y Adalberto. Mis tíos Emma y Adalberto viven en la ciudad de Morelia, Michoacán; a doña Carmen Pastrana de Mendoza siempre la vimos como nuestra abuela, y así le decíamos, ella se hizo cargo de los hijos del primer matrimonio cuando eran unos niños. Adalberto Mendoza Ruvalcaba fue, además, escritor, articulista del periódico *Excelsior* y de la *Revista Ferronales*; él nos ha legado la riqueza de su autobiografía, misma que iniciara un 10 de enero de 1946 y terminara el 13 de diciembre de 1955, así como incontables escritos y crónicas de su época; su voluntad expresa que sus memorias jamás fueran conocidas por nadie más que por sus hijos, pero el valor histórico de esta biografía no lo permite; yo sé que aprobaría su publicación, por ser él un amante de la verdad y regido por ella se manejó toda su vida. Este siglo que nos ha tocado vivir ha sido escenario de muchos cambios en la sociedad mexicana, sin lugar a dudas fue la Revolución un hecho tan importante que mi abuelo sintió la necesidad de narrarlo como parte de la historia de su vida, así dejaría un testimonio de inigualable valor.

Ahora que el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana le ha otorgado el Premio Salvador Azuela, la historia reciente de México será rescatada y divulgada, ya que estas memorias eran hasta antes de este hecho sólo letra muerta, con valor para unos cuantos.

Para que a los lectores de este libro no les resulte brusco el relato siguiente (capítulo 7 de la biografía de Adalberto R. Mendoza), me he tomado la libertad de sustraer algunas citas textuales de capítulos anteriores a éste, que permitirán entender mejor el ambiente en el cual sucedieron los hechos que describen los pasajes de la Revolución Mexicana. Mi abuelo empieza sus memorias con las siguientes líneas: “Un tanto viejo, un tanto achacoso y un tanto decepcionado de la vida, comienzo hoy lunes 10 de enero de 1938 a escribir mis memorias. Quiero que solo sean leídas por mi esposa y mis hijos. No es esto otra cosa que una relación de los hechos sucedidos en mi vida, y ojalá sirva a mis hijos para orientarse y para que conozcan a su padre más de cerca, ya que circunstancias especiales han influido para que ellos no estén tan identificados conmigo como yo quisiera.” La advertencia sobre la lectura—sólo permitida para sus hijos— es clara, pero sus intenciones bien pudieran ser muy diferentes, finalmente porque ofrece datos y fechas, así como denuncias de hechos vividos por él; hay una preocupación real por darlos a conocer. La parte de su niñez es en especial muy clara, como se ve a continuación. “¡Con cuanta claridad recuerdo los primeros años de

mi vida!, me veo allí en la vieja casona pueblerina, pequeñito, descalzo o con huaraches, muchas veces sin más indumentaria que una camisita de manta de las que mi madre nos confeccionaba; muy prieto, muy feo, con mis mechitas lacias, pero muy contento.” La familia de Adalberto era muy numerosa y los tres matrimonios de su padre, don Mariano Mendoza Ramos, hacían que tuviera hermanos de más edad que él, como se decía a sí mismo empleando la jerga ferrocarrilera, él era el cabuse de todos sus hermanos. “Mucho se hablaba en mi casa acerca de la nueva finca que acababa de adquirir en compra mi padre. Mi hermano Lucas hacía sus preparativos para salir rumbo a Monterrey a comprar el trapiche para instalar el tren de molienda para la fabricación de piloncillo; aquello era por muchos motivos un acontecimiento. Se comentaba la estupenda aventura que emprendería Lucas viajando por primera vez en ese maravilloso monstruo que era un tren de ferrocarril.” El ferrocarril, que fue su vida, su trabajo y su gran pasión, aparece mencionado aquí por primera vez en sus memorias. Adalberto continúa su relato: “Pasó la temporada, se terminó la molienda y nos fuimos nuevamente a Rayón; nos alojamos en una casa que después supe era de nuestra propiedad. Poco tiempo vivimos en ella, pues mi padre había ya tomado posesión de su curul en el Congreso local en San Luis Potosí y vino por nosotros. Con qué nítida claridad recuerdo todo.” Este traslado marca una nueva época, don Mariano Mendoza y su familia se mudaron a la capital del estado, San Luis Potosí. “Por fin se llegó el día que con tanta expectación se esperaba, fue un jueves. Se formó la caravana con algunos carruajes y caballos de silla; nos acompañaron muchas personas hasta Cárdenas. Llegamos unos minutos antes de la llegada del tren, que procedente de Tampico nos conduciría a nuestro destino; cuando yo vi que se acercaba el monstruo de acero sentí un miedo terrible y comencé a llorar, mi madre me tomó en sus brazos y me calmó. Abordamos un coche de tercera clase; me imagino que esto se debió a la gran cantidad de equipaje que llevábamos: maletas, petacas, bultos de ropa, canastos y hasta colchones, todo metieron al coche, creo que hasta un hermoso terranova llamado Nerón se acomodó en el mismo coche. No me explico cómo se nos permitió llevar así todo un menaje de casa. Como era tanto cachivache [que] se metía por las ventanillas y por donde se podía, se descuidaron de mi hermana Lucía y ya se andaba quedando. Yo grité desesperado hasta que vi que lograban meterla por una ventanilla.” Muy estrecha relación habrían de sostener todos los hermanos durante su vida, pero Lucía sería su hermana más cercana; empero muy poco duraron los Mendoza Ruvalcaba en San Luis Potosí, bien pronto estaban de vuelta en su pueblo, Rayón. “Por aquella época vivía en Rayón la familia Ibarra; Chonita mi hermana y su marido don Pánfilo con sus hijos en un estado de terrible pobreza. Aprovecharon una visita de mi padre para suplicarle se trajera a Emilio con él, pues su pobre padre con su oficio de talabartero no ganaba ni para dar de comer a su familia. Mi tata aceptó de buen grado. Llegó Emilio en un caballito muy bien enjaezado con un fuste bien arregladito, todo él muy limpio y con huaraches. Para mí fue un gran acontecimiento porque ya mis hermanos se habían ido [...] y yo tuve en Emilio un compañero de juego y un magnífico maestro de groserías y leperadas.” Mi abuelo no iba a la escuela, era rebelde y sólo se dedicaba a la vagancia, las letras que aprendió se las dio su padre, pues se negaba a ir a la escuela, aunque las cosas cambiaron poco. “Cuando mis hermanos vinieron de vacaciones de invierno, fue algo extraordinario, un verdadero acontecimiento. Mis hermanos venían muy crecidos físicamente, venían también muy elegantes con sus flamantes capas dragonas, su capucha a la espalda con mucha marcialidad, su esclavina volteada sobre los hombros, para lucir las vueltas de terciopelo de colores chillantes.” El efecto de los hermanos mayores en el alma del niño hicieron que se decidiera a irse

con sus hermanos a San Luis Potosí, y que sus padres así lo consintieran, después de todo la normal era un internado bajo régimen militarizado. “Pasaron las vacaciones, se llegó el día de regresar a la normal y yo partí también en compañía de mis hermanos. Tenía unos ocho años de edad y era la primera vez que me separaba de mi madre”. La normal fue muy importante para su formación, pero no llegó a estar ahí mucho tiempo, si acaso unos dos años, luego su padre decidió su educación, o mejor dicho su entrenamiento; su método fue el siguiente: “A fines de 1895 acompañé a mi padre como de paseo a Valles, no puedo sustraerme a la emoción que me causa el recuerdo de esta época de mi vida. Comienza aquí la serie sin solución de continuidad de mis penas. Nunca logré saber por qué mi padre me separó de mi madre para dejarme solo en Valles, en casa de un viejo viudo con dos hijos hombres ya y en manos de unas indias.” Diez años quizá tenía el niño cuando su padre lo aísla del seno y del hogar materno. Adalberto quería mucho a su madre, como cualquier niño de su edad, él describe así su paso por esta dura prueba en Tancanhuitz. “La casa corría a cargo de una india llamada Antonia, Alonso era el indio encargado de acarrear leña y hacer mandados, el *cuitol* José Candelario (*cuitol* en huasteco significa muchacho), que era como de mi edad, hacía los mandados en Valles y le echaba frescos a don Manuel cuando dormía la siesta. Este indito fue el que me enseñó huasteco, que llegué a hablar bastante bien, incluso con Angelina, la madre de la india Antonia, yo practicaba bastante. Con Alonso y Candelario me iba los sábados y domingos a la leña, con ellos aprendía a cargar un burro, haciendo dos tercios balanceados, sus respectivas estacas y luego el sobornal. También aprendí a armar un *huitotol*, o trampa para coger palomas.” Esta casa estaba totalmente fuera del concepto de hogar, los hijos del viejo jugaban a las cartas y bebían, comían y dormían, eran unos haraganes, él así lo describe. “En un ambiente como éste, de fría hospitalidad, yo no podía vivir, era un ente entre aquellos señores que apenas me dirigían la palabra. Poco a poco me fui orillando hasta que logré incorporarme a los sirvientes; con ellos convivía y con ellos compartía mis pocas alegrías y muchas penas.” El contacto con la familia, con el hogar, sus hermanos y demás fue suprimido de tajo. “Pasaron los días, las semanas y los meses y se me acabó la poca ropita que traje de mi casa, quedándome también sin zapatos; tuve que andar descalzo; los pantalones se rompieron de las nalgas y de las rodillas, mis camisas se hicieron tiras, hasta que quedé como un espantajo de chilar, astroso y lleno de piojos, mechudo y cuajado de niguas. Logré coger tres centavos de mi trabajo y con ellos me corté el pelo a coco.”

Adalberto cargó leña, trabajó acarreando agua, arreando ganado para pasarlo de un lado a otro del río para tener algunos centavos, su adiestramiento en supervivencia era duro. “En las condiciones miserables que he bosquejado, permanecí mucho tiempo, no sé cuánto; creo que fue alrededor de un año, al menos así me lo pareció. Por fin llegó mi familia, mi madre lloró mucho cuando me vio, ellos se instalaron en el rancho de Santa Rosa y yo seguí en Valles, solo iba a mi casa los sábados en la tarde para regresar a la escuela el lunes.” Se le proporcionó algo, pero no de todo, fue como un castigo, pero sin pena que expiar. “Yo sé muy bien que mi padre me quería entrañablemente y no alcanzo a comprender cuál fue su idea al imponerme tan terribles sufrimientos en mi niñez. ¿Era un plan preconcebido para templar mi carácter?, ¿era inconsciencia?, yo no sé, pero sí debo aceptar honradamente que sí logré un mediano éxito en la vida fue debido en gran parte al temple que me dio la lucha tremenda con la adversidad desde mi más tierna infancia.” Salió de esta prueba y se dio un giro nuevamente a su vida, pues se queda a vivir con su hermano mayor Mariano, en Tancanhuitz, aún lejos del hogar y de su querida madre, así continúa su relato. “En